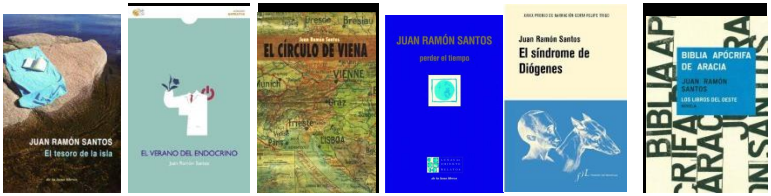
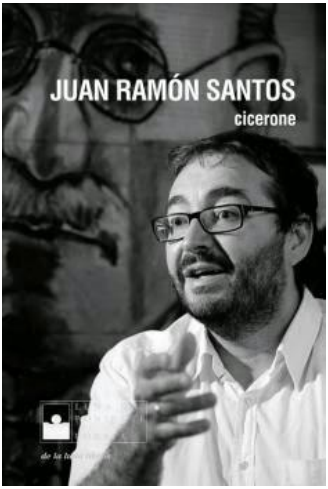


PROYECTO PILOTO "ENCUENTROS VIRTUALES CON AUTORES"

JUAN RAMÓN SANTOS, 25 de marzo.

IES San Roque (Dto. De LCL) Badajoz.

BADAJOZ



BIOGRAFÍA

Nacido en Plasencia en 1975, Juan Ramón Santos es Licenciado en Derecho y en Ciencias Políticas y autor de novelas, relatos y libros de poesía. Fundador de la Asociación Cultural Alcancía, de Plasencia, desde 2005 coordina con Nicanor Gil el Aula de Literatura "José Antonio Gabriel y Galán", de Plasencia y entre 2015 y 2019 fue presidente de la Asociación de Escritores Extremeños. Mantiene una sección dedicada a la reseña y recomendación de libros en la web www.planvex.es bajo el título "Con VE de libro".

PREMIOS

Con *Cortometrajes* y *Cuaderno escolar* quedó finalista del Premio Setenil al mejor libro de relatos publicado en España en sus ediciones de 2005 y 2009. En 2019 resultó ganador del Premio Felipe Trigo en su modalidad de narración corta con *El síndrome de Diógenes* y recientemente ha ganado el XXIX Premio Edebé de Literatura Infantil con *El Club de las Cuatro Emes*.

OBRA PUBLICADA

Novela

Biblia apócrifa de Aracia, Badajoz, Del Oeste Ediciones, 2010
El tesoro de la isla, Mérida, Editorial de la luna libros, 2015
El verano del Endocrino, Tegueste, Editorial Baile del Sol, 2018
El síndrome de Diógenes, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2020

Relato

Cortometrajes, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2004
El círculo de Viena, Gijón, Llibros del Pexe, 2005
Cuaderno escolar, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2009
Palabras menores, Mérida, Editorial de la luna libros, 2011
Perder el tiempo, Mérida, Editorial de la luna libros, 2016

Poesía

Cicerone, Mérida, Editorial de la luna libros, 2014
Aire de familia, Sevilla, La isla de Siltolá, 2016

Infantil

El Club de las Cuatro Emes, Barcelona, Editorial Edebé, 2021

Antologías y libros colectivos

Relatos relámpago, Mérida, Editorial Regional de Extremadura, 2007
Por favor, sea breve 2, Madrid, Páginas de espuma, 2009

Traducción

Lo invisible, de Rui Lage, Madrid, La Umbría y la Solana, 2020
El testimonio de Alabad, de Nuno Pino Custódio, Fundão, ESTE - Estação Teatral, 2020

La vida en verso (y en prosa)

Juan Ramón Santos

INTRODUCCIÓN A LOS ASCENSORES

Que la muerte requiere aprendizaje
de todos es sabido y por entonces
yo acababa de entrar en parvulario.
Mi primera lección fue conocer
lo que duele el teléfono a deshora,
cuando, al caer la tarde, en la penumbra,
suena en el recibidor con insistencia,
cómo al colgar, vencidos, caen los cuerpos,
cómo se mezcla el llanto con los gritos
y fluye hasta agotar los manantiales
dejando atrás los miembros dislocados,
la espalda lastimada, temblorosas
las manos y la boca, que se afana
en hallar una excusa convincente
que disfrace la fuente del dolor
que ha anegado la casa tan de golpe.
Pero antes de ese día, que fue el último
de los tuyos, tú ya me habías dado
otra lección primera, aunque de vida,
que no he tenido tiempo de olvidar.
Fue en el ambulatorio, ibas al médico
y, no sé bien por qué, yo iba contigo.
Teníamos que subir una o dos plantas

y, por no utilizar las escaleras,
presionaste un botón con una luz
que desató un crujido de metales
profundos, crepitantes, angustiosos
que solo me dejaron de abrumar
cuando abriste la puerta sin pensártelo.
Vosotros dos entrasteis, pero yo,
que no había visto nunca un monstruo así,
me detuve espantado en el umbral
sin ser capaz de dar un paso al frente,
negándome a inmolarme, pero entonces
tú comprendiste mi terror de niño,
me ofreciste tu mano y tu sonrisa
de chavalín de seis o siete años
y me llevaste adentro y, con ternura,
me enseñaste que no hay por qué temer,
porque lo cierto es que los ascensores,
pese a sus ruidos y a su luz lechosa
y a su siniestro aspecto de ataúdes,
no suelen ir directos hasta el cielo.

LA MEDIDA DE TODAS LAS COSAS

Tendría cuatro o cinco años cuando el abuelo Teodoro iba a buscarlo a la puerta del parvulario. El niño le daba un beso, el hombre lo cogía de la mano y juntos recorrían un trayecto que sabían de memoria y que arrancaba en la calle Encarnación, atravesaba la plaza de la Catedral, recorría un tramo de la calle Blanca y luego la calle Trujillo abajo, pasando bajo el cañón de la Salud y cruzando a continuación el río. Al otro lado del puente se despedían con otro beso y el niño volvía corriendo por escondidas callejuelas que serpenteaban hasta su casa en lo alto del cerro San Miguel. Durante ese breve recorrido, el abuelo lo entretenía contándole chistes, historias y chascarrillos que lo dejaban completamente anonadado y lo enviaban de vuelta a casa dándole vueltas y más vueltas a la cabeza. Un día, cuando pasaban delante de la puerta de la catedral, intrigado por la desmesura de semejante construcción –inconcebiblemente grande desde su baja perspectiva–, el niño preguntó tirando de la mano, Abuelo, ¿por qué la catedral es tan grande?, Porque cuando la levantaron los hombres eran enormes, respondió el abuelo, mucho más altos de lo que somos nosotros ahora. Pese a la ávida ignorancia de sus cuatro o cinco años, extrañado

por tan insólita revelación, el niño lo miró con unos ojos muy redondos y bastante incrédulos, pero entonces el abuelo añadió irrefutable, ¿Es que no te has fijado alguna vez ahí dentro en los libros esos tan grandes que leían?, y el muchacho, con la boca abierta, recordando los formidables volúmenes que tantas veces había visto abiertos de par en par, recostados sobre el soberbio facistol en medio del coro, asintió del todo convencido pero profundamente preocupado, preguntándose cómo era posible que los hombres hubiésemos podido llegar a caer tan bajo.

LA RESIDENCIA DE LOS DIOSES

«Si aún creyese en Dios, te pediría,
sobrino, que rezases», me dijiste
sujeto al artilugio
que te hacía seguir vivo
sin perder tu perenne buen humor
ni ofrecerme ninguna alternativa.
Tampoco la encontré, lo reconozco,
y al poco te moriste
dejando a la familia desolada
y a mí sin el descanso
de pensar que ya estabas en el cielo.
Por eso, yo, a falta de otra fe,
pues sé que sigues vivo en los *astérix*
que intercambiábamos cuando era niño
y que aún guardan el eco de tu risa,
he rezado a Belenos y a Tutatis,
que reinan en los cielos de esa Galia
de invencibles, neumáticos guerreros
que inventaron Uderzo y Goscinny,
para que, como justa recompensa
por tu fidelidad de tantos años,
te concedan, padrino, para siempre
sitio en *La Residencia de los Dioses*.

BIBLIOTECA

Ordenó la biblioteca por colecciones y vio que no le gustaba. Se le antojaba vulgar. Parecía como si hubiese comprado los libros por el mero afán de adornar las paredes. Por eso decidió cambiar y probó a alinearlos por tamaño. El efecto era interesante. Transmitía el carácter práctico y desenfadado de un lector voraz y algo desastroso, pero no acababa de convencerle. Por eso probó a colocarlos por orden cronológico de escritura, en función de la lengua en que habían sido escritos e incluso en el idioma en que habían sido publicados sin llegar a encontrarse del todo satisfecho. Demasiada pedantería, se dijo, y concluyó que quizá lo mejor era un estricto orden alfabético de autores, el criterio aséptico que empleaban las grandes bibliotecas. «Por algo lo harán», pensó. A continuación se puso manos a la obra y comprobó que aquello comenzaba a gustarle, pero que aún le faltaba un toque, un pequeño detalle, el que había de otorgarle verdadero rigor a su biblioteca, la distribución por materias, y repartió escrupulosamente los libros entre poesía, novela y ensayo. «Mucho mejor», se dijo luego, aunque enseguida se dio cuenta de que la colección había de crecer, de que se incorporarían nuevos géneros, nuevos títulos, nuevos autores, y

fue dejando hueco en función de esas futuras adquisiciones. Al terminar tomó aire y un poco de distancia, contempló el trabajo en toda su magnitud y el resultado le pareció casi perfecto, pero solo casi, pues algo no funcionaba del todo. Después de darle muchas vueltas comprendió que el problema era que la biblioteca no podía estar desterrada en la soledad recóndita de un dormitorio, que tenía que encontrarse en el mismo corazón de la casa, que solo así alcanzaría la perfección. Entonces recogió solemne sus tres libros y se los llevó al comedor.

CALLES DE LA INFANCIA

Estas fueron las calles de mi infancia,
y aunque sus placas digan que se llaman
Santo Domingo el Viejo,
las Peñas, Podadores,
Peligros, Caldereros, calle Ancha,
yo sé que en realidad una vez fueron
la isla del tesoro, Mompracén,
territorio comanche, el fuerte Pitt,
el planeta Krypton, el Universo
o los bosques de Sherwood.
Por ellas galopé desaforado
interminables tardes de diciembre
con mi hermano y mi primo,
arreándonos con rítmicas palmadas
tras escapar los tres de la justicia
por un tirón del pelo de mi prima,
en ellas sucedieron
inmensas aventuras siderales
que solo terminaban
cuando la voz terrícola
de mi madre o mi tía
nos reclamaba a gritos
la triste vuelta a casa.

Ya casi nunca vengo por aquí,
hoy son otras mis calles,
otras mis fantasías,
mas todavía a veces
me gusta recorrerlas
con la muda esperanza
de que salga a mi encuentro
un indio apache.

ESTÁS HECHO UN CHAVAL

La primera vez que, recién cumplidos los diez años, entró en la biblioteca con los carrillos hinchados de mortadela, la bibliotecaria, una mujer pequeña, con carácter, de edad constante e indefinida, lo condujo a un estricto reducto rectangular de estanterías de colores abarrotado de libros y, delimitando su perímetro con el dedo índice, le vino a decir, «Éste es tu territorio», y a partir de ese momento el muchacho comenzó a visitarlo dos o tres veces por semana y a llevarse libros serio, grave, metódico, siguiendo un plan de lectura concienzudo, circunscrito a aquel rectángulo libresco en el que agotó la niñez, alcanzó la pubertad y atravesó impávido la adolescencia. Así, al cumplir los veinte años lo había leído prácticamente todo, y cada vez que acudía al mostrador de préstamos, amordazado por la timidez, le lanzaba suplicantes miradas de auxilio a la bibliotecaria, que se limitaba a cumplimentar la ficha correspondiente sin apenas mirarlo y a seguirlo luego con la vista, mientras se marchaba con los libros bajo el brazo, preguntándose por qué demonios seguía aquel chico leyendo libros infantiles. Tendría algo más de treinta años cuando ella se jubiló y, tímido y desesperado, mientras entretenía su tiempo entre novedades y relec-

turas, se atrincheró mañana y tarde en la sección de literatura infantil y juvenil para acechar, por encima de la Enciclopedia Infantil Ilustrada, el asiduo regreso de la exbibliotecaria, ya como lectora, aguardando una venia, una palabra de alivio, una frase liberadora que nunca llegó. Al morir ella, él andaba cerca de los sesenta. Entonces comprendió resignado que su territorio era una isla, que era un robinsón sin Viernes, que el único barco que podía rescatarlo acababa de naufragar y que jamás alcanzaría la sección de adultos. Excéntrico, incomprendido, degradado, en el cruel catálogo de la ciudad, de persona a personaje, en la siguiente década permaneció largas temporadas en el psiquiátrico. Los sobrinos lo visitaban allí a menudo y le llevaban generosos fábulas de La Fontaine, de Esopo, de Samaniego, cuentos de Perrault, de Andersen, de los hermanos Grimm, aventuras de los Tres Investigadores, de los Cinco, de los Siete Secretos, ediciones ilustradas de *Tom Sawyer*, de *Miguel Strogoff*, de *Las minas del Rey Salomón*, y cuando, algunos días, lo dejaban salir a la calle, no era raro verlo arrastrar el dedo por el pretil del puente, ensuciar con sus extasiadas manazas el flamante escaparate de las jugueterías o sortear los adoquines blancos sobre el largo y ancho acerado de la avenida, hasta que una mañana de invierno se lo encontraron muerto entre

los setos, agazapado detrás de uno de los bancos del parque del poeta. En la ciudad todos pensaron que se había muerto de frío. Lo que nadie nunca supo es que el corazón le había fallado jugando a los piratas, mientras se ocultaba de la codicia asesina, de la voz ronca, del ruido sordo que levantaba, al golpear contra la tierra apisonada, la aterradora muleta de John Silver el Largo.

EL TESORO DE LA ISLA

Hubo un tiempo en que el campo
se transformó en prisión,
lejos de la infinita ludoteca
que había sido en la infancia,
mas también del refugio
que llegaría a ser años más tarde,
un tiempo gris en el que, oveja dócil,
sufría al separarme del rebaño
y en el que leer se convirtió
en una terca forma de escapada.
Hoy, al segar el césped,
el olor sofocante de la hierba
me ha traído de nuevo a la memoria
los mediodías de voraz lectura
en los que libro a libro fui pasando
de *Los Siete Secretos* y *Los Hollister*
al asombro de *La Isla del Tesoro*
o la angustia de *Crimen y castigo*
y en que aullaba como un lobo estepario
la amarga soledad de mi destierro.
Sordo por el rugido de la máquina,
he sentido nostalgia de aquel ayer tan turbio,
porque la carne es triste, Mallarmé,

mas, sobre todo, porque sé de sobra
que, aunque llegase a leer todos los libros,
no volvería a sentir aquel furor,
aquel deslumbramiento, el arrebato
de aquel verano, penetrando a tientas
en las primeras páginas
de un mundo.

CAMBIO DE ESTACIÓN

Recuerdo que la luz era dorada
aunque no fuese tarde, y que volvía
de atender el ganado de mi abuelo:
un cerdo, una ternera, unas gallinas,
residuos de esplendor agropecuario,
nada que no pudiera manejar
por sí solo un chaval de sólo doce.
Regresaba –aún lo siento– a la carrera,
sorteando los charcos, que la lluvia
menuda de septiembre salpicaba,
pues quería llegar a casa a tiempo
para ver una serie en la segunda
sobre gánsteres.
                Me acuerdo claramente
del olor de la tierra, del sonido
viscoso de mis pasos sobre el barro,
de los campos vacíos, de los perros
mirándome al pasar, de los perales,
de mi respiración, de la fatiga,
del calor al entrar de nuevo en casa
y del placer de echarme en el sofá
y asomarme a aquel tiempo de violencia,
de muertos y de vivos muertos todos.

Mi memoria es muy frágil y es difícil
que logre retener tantos detalles
como los que conservo todavía
de esa sorda carrera contra el tiempo
un domingo de casi hace tres décadas.
Si todo eso ha llegado así, tan claro,
hasta este otro septiembre en el que escribo
es porque yo debía de intuir,
aquella tarde, de regreso a casa,
mirando el calendario y la llovizna,
contemplando el ganado, tan mermado,
y oteando después, junto a la puerta,
la imparable vejez de mis abuelos,
que todo estaba a punto de cambiar,
que andaba ya apurando entre la lluvia
el último verano de mi infancia
y que tan triste e irreversible pérdida
se merecía al menos un recuerdo.

MAL AGÜERO

Recuerdo aquellas tardes, en invierno,
cuando, al volver de clases de pintura,
cruzando esta plazuela me asaltaba
el siniestro alboroto de las grajas
que, ocultas allí arriba, entre tinieblas,
volando de pináculo en pináculo,
parecían reírse a carcajadas
de mi turbio futuro adolescente.
No sé bien si esas aves aún anidan
en el viejo tejado de la iglesia,
pues lo cierto es que evito atravesar
normalmente este espacio tan hermoso,
y no por miedo cinematográfico,
mas por puro temor a que los pájaros,
desde lo alto de su clarividencia,
se acuerden aún de mí y aún continúen
muriéndose de risa, los cabrones,
al ver lo que me queda por delante.

LÍNEA SEIS

A diario tomaba la línea seis. De veinticinco a cuarenta minutos diarios de autobús de ida y de vuelta según la voluntad caprichosa del tráfico. Entretenía esos ratos enamorándose. Tomaba el autobús urbano al principio de Federico Anaya, a la altura del número 23, enfrente de la librería, y lo llevaba al otro lado del río. Todos los días, antes de la segunda parada, arriba de la Gran Vía, ya estaba enamorado. Y algo parecido sucedía a la vuelta. Era insólita su facilidad para encontrar a diario y por dos veces una mujer maravillosa de la que enamorarse. Se había enamorado ya de rubias, morenas, cobrizas, de ojos azules, verdes, castaños, altas, bajas. delicadas, robustas, de senos menudos y discretos, de escote abundante y provocador, nacionales y extranjeras, de todas poco más de media hora como máximo, pero de todas de todo corazón, hasta el infinito, hasta la muerte. Unos días las miraba tímido y buscaba apenas su reflejo en las lunas del autobús, otros se sentía descaradamente seductor y no las perdía de vista ni un segundo, otros el juego consistía en buscar entre la gente de pie, sentada, apoyada o asida a las barras del autobús la diagonal exacta que, aunque fuese sólo durante un segundo, le dejase capturar un vago perfil o un

brochazo de luz en su cabello. Aquella mañana andaba constipado, pero se había equivocado y había tomado un caramelo para despejar la mente en lugar de uno de los de eucalipto de toda vida para la garganta –ya hemos hecho referencia con anterioridad a la fatal similitud de celofanes–, y fue entonces cuando encontró la mujer más perfecta de la que jamás hubiera podido enamorarse. No parecía especialmente agraciada, estaba convencido de que los labios y los ojos eran hermosísimos, aunque las distancias y el conjunto no conformaban por fin un rostro exactamente bello, tampoco era su cuerpo un disparate, pero tenía algo, tenía *ese algo*, estaba seguro de que la chica que Dalí pintó acodada en una ventana asomada al mar en Cadaqués, de poder volverse, la descubriríamos con ese rostro suave y sereno, pero el caramelo hizo sus efectos y decidió que ya estaba bien de estupideces, de empeñar cada día el corazón en pasiones inútiles y frustradas desde el comienzo. Se sintió mal y pulsó el botón de próxima parada para apearse aun a pesar del frío y de tener que caminar todavía unos buenos veinte o veinticinco minutos, sin percatarse de que, en el juego turbio de reflejos entre las ventanas a ambos lados del autobús, ella lo buscaba eternamente enamorada.

REVELACIONES

Esta mañana, meando, descubrí a Mao en las baldosas del baño. De repente estaba ahí, entre la aparente anárquica maraña de trazos y manchas, el mismo Mao Tse Tung, un poco de perfil. No se trata de un acontecimiento tan extraordinario, ya que hace algunos meses recuerdo que encontré en ese mismo sitio el rostro de Jesús, no sé si a punto de expirar o si acallando el dolor, la cruz clavándose en su hombro camino del Gólgota, y no lo consideré entonces, en absoluto, como ninguna clase de revelación divina, no me puse místico por ello, como no pienso hoy revolucionarme culturalmente por haber encontrado a Mao no leer el Libro Rojo. Parece curioso que coexistan en el mismo baldosín, absoluta y únicamente por causa del azar –no vayamos ahora a pensar que se trata de una conspiración de un fabricante de gres fanático de la teología de la liberación–, Mao y Cristo, sin entrar por ello ahora en disquisiciones teológicas, filosóficas, doctrinales sin más, sobre la compatibilidad entre comunismo y cristianismo, más que nada porque cualquier mañana me encuentro al pato Lucas y destroza todos mis argumentos, que todavía no he decidido en qué dirección apuntarían. Todo lo que quería decir era eso, que resulta curioso.

LOLA

Llevaba años obstinado en enseñar a leer a Lola. Al principio, cuando le mostraba una novela e intentaba que reconociese los grandes caracteres que en la portada conformaban el título, mostraba una absoluta indiferencia. Después, cuando comprobaba que aquel objeto se abría, que, inexplicablemente, se desplegaba, se la veía inquietarse por momentos hasta que, finalmente, cuando yo sostenía con el pulgar el tomo del libro para dejar luego deslizarse a toda velocidad las hojas acariciándome la yema del dedo, acababa por enfurecerse, gruñir y ladrar. En mis intentos posteriores, enfadada por mi insistencia, inmediatamente mostraba sus dientes afilados y se abalanzaba tratando de morder el libro. Esta reacción de Lola en cuanto veía un libro en mis manos, que yo calificaba de fascista, le hacía gracia a todo el mundo, y se acabó transformando en el espectáculo estrella de mi casa, que repetíamos delante de todas las visitas y también muchas noches, cuando me sentaba a leer tranquilo en el sofá, nada más que para fastidiarla. Como ya habrán supuesto, Lola es nuestra perra. Es una perra al parecer pequinesa y que, dicen, algo tiene de fox-terrier. Su mayor entretenimiento parece ser observar sin poder explicarse nada nuestros

ires y venires, pero eran tantos los ratos en que lo único que hacía era estar tumbada en el sofá, casi ocupándolo todo de tanto como se estiraba a pesar de sus escasas dimensiones, que pensé en que sería una buena idea enseñarle a leer, para que se distrajese, pero, como ya he comenzado diciendo, todo mis esfuerzos resultaban vanos.

Una mañana me levanté bastante desanimado. Lo de madrugar para estudiar oposiciones cuando el futuro de éstas es tan sumamente incierto y desasosegante nunca es un plato de gusto, pero aquella mañana, además, hacía mucho frío. Me recibió en el comedor con desgana, apenas si se meneó en el sofá. Tengo la costumbre de leer un poquito después de desayunar. Es una hora a la que se digieren muy bien las palabras después de toda una noche de ayuno. Hice un nuevo intento por que se decidiese leer, pero resultó del todo infructuoso, hasta el punto de que, esa vez, ni siquiera gruñó, ni ladró, ni trató de mordernos a mí o a mi libro. Sin ni siquiera poder enrabietarla, madrugando y pasando frío, mi desencanto tuvo que ser más que manifiesto cuando le pregunté por qué se negaba tan en rotundo a aprender a leer, porque se incorporó, se estiró, bostezó y me dijo, Mira para lo que os ha servido a los hombres saber leer, los perros preferimos permanecer

en la más completa ignorancia y ser, unos más que otros, felices, aunque sólo sea durmiendo, pateando las calles investigando orines ajenos o corriendo por el campo en pos de una liebre abatida por el amo, aunque luego no podamos más que rebañar los huesos. No me dio más explicaciones y se volvió a tumbar, pero me di cuenta enseguida de a qué se refería. Supongo que no estarán demasiado orgullosos de éste su congénere, pues a está claro que a Lola se le podrían haber respondido muchas cosas, pero era diez de diciembre, aniversario, les recuerdo, de la proclamación de los derechos humanos, y sin que pueda a estas alturas parecer ya paradójico, el informativo de la mañana había mostrado, para conmemorar la efemérides, imágenes bastante desesperanzadoras, y quizá fue por eso, y porque el futuro andaba un poco turbio tan temprano aquella mañana, que mi perra me quedó sin argumentos. Desde luego, he abandonado toda pretensión de aficionarla a la lectura, y yo mismo ahora me lo pienso dos veces antes de abrir un libro. Por supuesto no le anduve preguntando por qué no se entretenía viendo la televisión.

LOS AMANTES

Los amantes compraron la calle a besos. Se hablan enamorado en aquella calle estrecha y silenciosa, se habían enamorado de aquella calle estrecha y silenciosa. Dieron la entrada en una noche tranquila de septiembre en que a punto estuvieron de desgastárseles los labios, y desde entonces, con la religiosidad y exactitud con que las abuelas pagan la cuenta del ultramarinos, acudieron periódicamente a depositar sus pagos mensuales en forma de besos. De este modo, poco a poco, ya viejos completaron el precio total de la calle. Entonces, tras solicitudes reiteradas, silencios administrativos, recogida de firmas y recursos, gracias a un arrebato de populismo preelectoral, los viejos amantes obtuvieron del Ayuntamiento el título de propiedad de la calle y siguieron besándose allí a diario con la tranquilidad de quien ha pagado por fin una hipoteca. La decisión fue acogida con una calurosa algarabía, pero pronto comenzaron las envidias, y hoy no es extraño encontrar en la ciudad a ambiciosos jóvenes amantes besarse con avidez día y noche en las esquinas.

ENTRE TINIEBLAS

Y dicen que en medio de la noche cobran vida, y que, cuando despiertas sobresaltado, esquivan certeros tus inciertos manotazos aprovechándose de la oscuridad, de tu estado de atolondramiento, de la dificultad para orientarte, de tu urgencia por llegar al baño, y que al amanecer contemplas horrorizado la prueba palpada de que aquello no fue sólo una pesadilla, ese halo cada día más intenso, más oscuro e imborrable de suciedad que los rodea, y que cuidado lo hijosdeputa que son los interruptores.

PRÊT-À-PORTER

Ya hace varios días que visto casual. Ya habrá algún puntilloso que, llegado este punto –valga la redundancia–, haya echado de menos comillas o letras cursivas que subrayen de forma certera el presunto anglicismo, pero esos deberían no desconfiar tanto del rigor del que esto escribe y dejarlo seguir adelante, pues lo que quiero contar es que si hace días que visto casual es porque la semana pasada se fundió una de las bombillas del pasillo, la más próxima al dormitorio, y por eso cada mañana, sumido en una espesa oscuridad y con infinito cuidado para no despertar a mi mujer, que duerme radiante entre las sábanas, tanteo en el interior de nuestro precario ropero haces de sombra que se me escurren entre los dedos mientras busco un jersey, una camisa, un pantalón, y me acabo poniendo lo primero que encuentro, con resultados menos lamentables de lo que cupiera esperar, todo hay que decirlo.

UN NOMBRE

De los nombres del mundo
ninguno nos parece suficiente
para nombrar la vida
que nace poderosa de lo oscuro,
para ponerle título
a ese exacto resumen de nosotros
que se forja en secreto,
al calor silencioso de la sangre.
Mientras buscamos nombres
breves, simples, sencillos,
tú te mueves
como un pez en el vientre de tu madre
y al ritmo de tus piernas o tus brazos,
que se agitan debajo de la piel
levantando mareas y oleajes,
descartamos horribles
nombres antepasados
o transformamos otros más cercanos
sin que ninguno llegue a convencernos.
Más tarde hojeamos el papel
cebolla amarillento de una biblia
y barajamos nombres
como Eva, Sara, Esther, Judit, María

sin encontrar ninguno que nos plazca.
También echamos mano
de la Literatura,
de amadas imposibles de poetas,
como Laura o Beatrice,
o de heroínas célebres
del siglo diecinueve,
Ana, Emma o Luísa, por ejemplo,
mas al cabo tampoco
nos gustan demasiado.
Agotamos con Blanca, Clara y Alba
la estela de lo blanco y rastreamos
dudosos ciertos nombres portugueses
antes de consultar
anuarios estadísticos
que nos revelan que el pasado año
9.400 criaturas
se llamaron Lucía en toda España,
que Claudia, que también nos atraía,
ocupa el quinto puesto en ese ranking,
y que todo es *modable* y transitorio.
Por último escuchamos cómo suena
la conjunción de nombre y apellidos
y, sea cinco, siete, nueve u once
el número de sílabas total,

cualquier combinación
parece quedar bien,
y sin embargo
ninguna nos parece la adecuada,
pues no se trata de buscarte un nombre
sino de averiguar cómo te llamas,
de encontrar la palabra que defina
tu carácter incógnito y huidizo,
las letras que dibujen el emblema
de tu futuro, indescifrable ser,
e indecisos por tanta responsabilidad
se nos pasan los días,
las semanas, los meses,
y mientras sigues siendo la innombrada,
la niña, la ranita, el pececillo
que, ajeno a nuestras dudas nominales,
nada inquieto y feliz,
despreocupado,
por las tranquilas aguas uterinas.

UNO MÁS UNO TRES

Éramos dos y ahora somos tres,
y sorprende que en cifra tan pequeña
quepa la plenitud con tanta holgura,
mas también cuánto se han multiplicado
las maneras de ser, pues los tres juntos,
o tú sola conmigo o con tu madre,
o apenas ella y yo, son concreciones
de un mismo ente complejo que demuestran,
sin cábalas ni huecos en la arena,
que es fácil a la vez, ser uno y trino,
y que es simple el teorema de Pitágoras,
pues basta que se sumen dos catetos
y formen entre sí un ángulo recto
para que nazca una hipotenusa.

AIRE DE FAMILIA

Hay algo de mi padre en ese gesto,
acaso la manera de entornar
los ojos si sonríes, cuando duermes
frunces el ceño igual que hace tu abuela
y tienes al bailar una alegría
que es herencia del sur y de tu madre
(por no hablar de la cólera feroz
que sufres si te enojas y que es mía).
Son parecidos vagos, inasibles,
que es inútil medir, mas que te otorgan
un decidido aire de familia,
parecidos que al mismo tiempo prueban
de forma irrefutable que la vida
es eterna en su forma más terrestre.

LA ISLA

Recuerdo las mañanas de domingo,
cuando éramos pequeños y la isla
era un lugar agreste, algo dejado
de la mano de Dios y de los hombres.
Veníamos entonces con mi padre
y nuestros chándales azul marino
con la sana intención de hacer deporte
siguiendo un recorrido salpicado
de férreos artefactos que servían
para hacer intrincados ejercicios
y que hoy no pasarían, por lo rudo,
ningún proceso de homologación.
Mis hermanos y yo, en aquel entonces,
no dábamos la talla todavía
pero nos obstinábamos los tres,
con tesón infantil inquebrantable,
en cumplir la tarea señalada
mientras mi padre, para dar ejemplo,
se esforzaba entre leños y entre hierros
por alcanzar el número adecuado
de abdominales, saltos y flexiones
y, de paso, dejarnos boquiabiertos,
seguros de ser hijos de un coloso.

Hoy la isla es un parque más diáfano,
con menos árboles y más caminos
y explanadas de césped verde y raso
que le dan un cariz muy europeo,
y por nosotros ha pasado el tiempo:
mi padre al fin ha vuelto a ser un hombre,
mis hermanos son padres de familia
y ahora soy yo el que viene con mi hija,
y algunas veces nos encaramamos
en estos aparatos amarillos,
hoy tan sofisticados y ergonómicos,
y mientras ella juega bamboleándose
como en un balancín o en un columpio,
yo, del todo consciente de mi rol,
me esfuerzo entre jadeos y bufidos
en hacer ejercicio, disfrutando
del placer de ser héroe por un día.

MUESCAS EN LA PARED

> Todo son incógnitas. Lo único cierto
> es que vivimos en una gráfica.
>
> Jordi DOCE, *La vida en suspenso*

No te salen las cuentas,
pasado cierto límite
las cifras se te escapan
y pruebas a llenar
autobuses de muertos
para aparcarlos juntos
por ver si así calculas
cuánto mide el dolor,
pero el dolor no cabe en autobuses,
se escurre, escapa por las ventanillas,
se disuelve al salir,
su humareda te abruma
e intentas reducir todo a estadística
escudriñando gráficos e índices
en pos del número de la esperanza,
del ángulo que anuncie de repente
que se acerca el final de este mal sueño,
y te sientes culpable
al cambiar de canal
para no ver el rostro de la pérdida,

sumido en algebraicas conjeturas
que de poco te valen, ya que nunca
se te dieron muy bien las matemáticas,
que –paradoja, lo que son las cosas–
ahora mismo te sirven de refugio,
pues sabes en el fondo
que mantener la muerte en la abstracción,
presa de modas, medias, de medianas
y obtusos logaritmos neperianos,
no es negar el dolor o no sentirlo,
sino solo una forma de engañarte,
una forma cobarde –como otras
que inventamos para sobrevivir–
de seguir cuerdo en toda esta locura.

NOTA

"Último guiño a la Trinidad", "Línea seis", "Lola" y "Los amantes" pertenecen a mi primer libro, *Cortometrajes*; "La medida de todas las cosas", "Entre tinieblas" y *"Prêt-à-porter"*, a *Cuaderno escolar*; "Biblioteca" y "Estás hecho un chaval", a *Palabras menores*; "Calles de la infancia", "Mal agüero" y "La isla", a *Cicerone*; "Un nombre", "Uno más uno tres" y "Aire de familia" al libro *Aire de familia*; e "Introducción a los ascensores", "La residencia de los dioses", "Cambio de estación", "El tesoro de la isla" y "Marcas en la pared" son inéditos, poemas de un libro futuro.

DEPARTAMENTO DE LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA

2020-2021

IES

San Roque

Badajoz, Badajoz